

ESPAÑA PINTORESCA,



EL ACUEDUCTO DE SEGOVIA.

Entre los muchos monumentos antiguos que recomiendan á Segovia, el mas importante por su objeto y por su grandiosa ejecución, es el acueducto romano.—Esta ciudad se halla situada sobre dos colinas, y en el valle que las separa, posición que privaba del agua á una gran parte de sus habitantes. En una época remota que la mayor parte de escritores fijan en el reinado de Trajano, trató de satisfacerse aquella necesidad por un acueducto, que aun en el día es una de las obras romanas mas admirables y mejor conservadas. Empieza á nivel de la tierra recibiendo desde luego el agua que conduce, sostenido por un solo orden de arcos que en un principio no esceden de tres pies, y siguiendo por un declive casi insensible vá á ganar la cima de la colina que está al extremo opuesto de la ciudad, adquiriendo altura á medida que el terreno baja, de suerte que en la parte mas elevada parece un puente levantado sobre un abismo. Hay dos ramales que forman con relacion á la ciudad un ángulo bastante obtuso; y desde el principio de este ángulo, es desde donde en realidad se hace imponente. Allí sus dos órdenes de arcos se elevan majestuosamente uno sobre otro, y causa ciertamente

asombro al comparar con su elevacion su estrecha base. La solidez de este monumento que ha desafiado los esfuerzos por lo menos de diez y seis siglos, parece inexplicable cuando se examina de cerca la sencillez de su construcción, que se compone únicamente de piedras cuadradas colocadas unas sobre otras, sin apariencia exterior de cemento alguno de argamasa, bien sea porque efectivamente hayan sido colocadas sin aquel ausiliar, ó ya por que el tiempo las haya limpiado de él y dejado libres sus ángulos. Da compasión el ver algunas miserables casucas aglomeradas en torno de las jambas de aquellos arcos, buscando en sus robustos escombros un apoyo contra su propia debilidad, y pagando este beneficio con la degradación de aquel grandioso monumento; pero apenas se elevan á la tercera parte de su altura, y sirven para hacer resaltar mas y mas la nobleza y magnificencia del acueducto. Su vista, la del magnífico alcázar y la de la catedral unidas á la general de la ciudad, que forma la figura de un barco, producen agradable sensación en el viajero que arriba á Segovia, dándole á conocer la importancia que en otros tiempos tuvo aquella ciudad, hoy tan tristemente decaída.

Segunda serie.—TOMO II.

9 de agosto de 1810.

EL LAGO DE CARUCEDO.

TRADICION POPULAR.

III.

HIERRO Y CASTIGO.

Solo á una mujer amaba!...
que fué verdad creo yo,
porque todo se acabó,
y esto solo no se acaba.

CALDERON. — *La vida es sueño.*



En una hermosa mañana de primavera del año 1493, un caballero de Calatrava armado de todas armas se apeó en la portería de San Mauro de Villarraudo, y ya pisaba el umbral, cuando acertó á ver delante de sí la pasmada figura del padre Acebedo, portero de la abadía, que con atónitos ojos le miraba. — ¿Tan mudado vuelve un antiguo amigo que no le conoce el padre Acebedo? le dijo el recién llegado. — ¿Quién os había de conocer, Salvador, respondió el buen religioso abrazándole, tan galán y gentil como venís con esa cruz de caballero al lado? — ¡Harta prisa me di para ganarla con aquellos perros, repuso Salvador con aparente jovialidad; pero decidme ¿y el santo Osorio?... añadió, procurando encubrir su zozobra. — ¿Pero sabéis que venís flaco y malparado en tales términos que nadie diría que érais vos? ¿Estais enfermo?... ¡Jesus! y es este aquel mozo tan gallardo? vaya! si parece que la vejez le ha cogido de improviso en lo mejor de su camino! — Pero el venerable abad?... replicó Salvador con impaciencia. — ¡Ay, hijo! contestó el buen portero, está tan postrado con la carga de los años, que apenas se puede decir que vive. Ha mandado levantar una especie de ermita con su vivienda en la *Hondonada del Naranco*, y allí pasa las horas en la soledad sin venir nunca al monasterio. Estos dias pasados hablaba mucho de vos y de la pesadumbre que le causaría morir sin que le cerráseis los ojos. Pero os poneis tan pálido!... ¿queréis tomar alguna cosa? — No, nada, replicó Salvador, procurando ocultar su turbacion; solo os pido que le prevenzáis acerca de mi llegada, porque podria hacerle mucho daño mi repentina vista. — Si por cierto, dijo el padre Acebedo, voy allá volando, pero venid vos tambien á aguardar la ocasion de abrazarle en la huerta. Encamináronse en efecto los dos hacia allá, y el honrado portero con su prisa y su alegría urdió con tanta sencillez como torpeza una fábula, por entre cuyos hilos el buen abad vió harto claro lo que aquello quería decir; y levantándose con no vista y maravillosa presteza, se encaminó á la puerta gritando: — Salvador! hijo mio! por qué no vienes? — Corrió este desalado al encuentro exclamando: — Oh, padre mio! padre mio! y en el mismo dintel se abrazaron ambos sin ser poderosos á decir una palabra. Repuestos por fin y sosegados al cabo de una buena pieza, habló de esta suerte aquel varon piadoso — El cielo ha oido mis oraciones, y ahora despues de haberte abrazado ya puede venir la muerte. Como los dias del hombre pasan semejantes á la flor del heno, y los mios estan contados, anhelaba verte para descubrirte el secreto de tu familia y nacimiento. Largos años te aguardé; pero como no volvías y el plazo iba ya vencido, y á mi diligencia estaba encomendado el abrir el pliego, rompí el sello y lo ví todo. Si en tu corazon se anida la vanidad mundana, regocijate y alza la cabeza, porque eres hijo de los poderosos de

la tierra. Doña Beatriz de Sandoval fue tu madre, y el que te engendró mi compañero de juventud y dulce amigo Don Pedro Giron, maestre de Calatrava. — ¿Con qué se gan eso, preguntó Salvador con ansiedad, el maestre Don Rodrigo Tellez Giron, que murió en el cerco de Loja, era mi hermano? — Si por cierto: la misma sangre corria por vuestras venas. — Con qué era mi hermano! respondió Salvador con una voz interrumpida de sollozos, con qué era mi hermano y murió en mis brazos, y no pude estrecharle en ellos y decirle «¡hermano mio!» ¿Cómo fuí tan sorpreso, que no escuché la voz de la naturaleza que tan alto hablaba en mi corazon?

Salvador no había llorado ni aun al despedirse de Cristóbal Colon: sus últimas lágrimas habían corrido en las soledades del Nuevo Mundo, como testimonio de los dolores de un mundo antiguo. Desde entonces la esperanza voló de su corazon: de su misma tristeza, solo quedaron heces amargas y desabridas, y al tocar con sus dedos el bello cadáver de su amor y de sus ilusiones, solo encontró un esqueleto descarnado y frío. Como quiera, la revelacion de aquel secreto había pulsado en su alma una cuerda que imaginaba rota, y que respondió en son doliente á las palabras del abad: tan cierto es que allá en el fondo del corazon humano siempre hay un eco que responde á los dolores. Salvador había nacido de un amor que no recibió la bendicion de la iglesia, en la época revuelta y desdichada del reinado de Enrique IV; sus padres murieron cuando niño, y los celos de la madre de Don Rodrigo Giron, que temblaba que el maestrazgo de Calatrava, concedido á su hijo, no pasase á su hermano, le acompañaron desde la cuna con tal constancia, que de seguro hubiese caído bajo sus golpes, si el buen abad de Cardena, pariente de su madre, no le hubiese puesto al abrigo de los ignorados valles de Carucedo. Era su suerte la de conocer la vida por sus amarguras, y los amores de la tierra por los vacíos que su pérdida deja en el alma.

Pasado un buen espacio, y como el abad le viese ya mas sosegado, le habló del porvenir que le aguardaba, de los deberes de su nacimiento y de la fortaleza y magnanimidad propia de los hombres, y en especial de los caballeros. Salvador le respondió: — Escuchadme, padre mio, porque mi resolucion es seria y profunda, y quiero que conozcais. Ya sabéis que en mis dulces años amé con pureza de los ángeles á un ángel que vino á consolar y embellecer estos valles, y que aquel amor se dispuso como rocío de las praderas. Entonces me lancé por el camino de la gloria, y delante de la vencida Granada el rey me vió el hábito que veis; pero mi alma estaba enferma de soledad y de ansia de mayor nombradía. Busqué con el hombre enviado de Dios un nuevo mundo al través de la inmensidad y de los abismos del Oceano, y la tierra prometida desplegó á nuestros ojos todas sus galas y riquezas. La vista de aquellas playas solo trajo lágrimas á mis párpados, vacíos á mi corazon y desengaños á mi entendimiento. Por premio de nuestros trabajos el gran Colon yo hemos tenido grillos á los pies, y la cuchilla del verdugo sobre nuestra cabeza. Ya lo veis, padre mio; amor es una flor del cielo que se agosta en esta tierra empapada en lágrimas, y la gloria no pasa de una dorada mentira. ¿Creéis por ventura que un corazon tan llagado como el mio se curará con el humo de las vanidades mundanas? ¿No era mas bello el nombre que labré con mi espada, que el que la suerte tardía me ofrece ahora como por una burla cruel? Yo he venido á buscar el consuelo al pie de los altares y en el seno de la oracion: mi resolucion es invariable, y si mañana mismo me abridis las puertas del santuario y recibiéseis mis votos, quedad por cierto que la bendicion de mi padre bajaría so-

bre mi cabeza, cubierta con la cogulla de San Bernardo.

Siguió una larga pausa á esta declaracion, sin que ni el religioso, ni el caballero se diesen prisa á romper el silencio.—Salvador, le dijo por fin el anciano, maravillado me dejas con tu resolucion, y aunque no seré yo quien te la reprenda, meos te encubriré las dudas que me asaltan. Dudas tremendas por cierto; porque si el despecho y no la resignacion te traen al silencio del claustro; si en vez de un corazon humilde llevas á las aras de Dios uno lastimado de orgullo y de desesperacion, por ventura encontrarás la pelea donde pensaste hallar el descanso. Créeme, hijo mio, Dios no envia sus ángeles de consuelo sino á las almas que se desprenden y desatan de las aficiones de la tierra. Dime, ¿si llegases á encontrar un día á la muger que amaste, no maldecirías de la hora en que naciste?

Brilló entonces en los ojos de Salvador uno de aquellos relámpagos que dan muestras de las tempestades interiores, y dijo con suma zozobra:—¿Pero no me dijisteis que murió?—Sí: murió para tí y para todos, aunque su alma vivirá eternamente para Dios! replicó el anciano prontamente.—Pues entonces, añadió Salvador con sordo acento, tanto mejor, y por caridad dadme vuestro santo hábito, que sino me juzgais digno de él lo iré á pedir á la puerta de otro cualquier monasterio.—El prelado vacilaba todavía, hasta que el mancebo le dijo con entereza.—¿Qué teméis? ¿No veis que mi frente ha comenzado ya á encalvecer, y que no hay ilusiones, ni engaños por dulces que sean, que resistan á treinta y tres años de pesares?—El religioso entonces como vencido, alzó los ojos al cielo y exclamó:—Hágase la voluntad de Dios!

A los pocos días tomó Salvador el hábito de San Bernardo en la iglesia de la abadia, y asimismo profesó; cosa en que vino el santo Osorio vencido de sus ruegos, y usando de las facultades que tenia para dispensar el noviciado. Fácil es de conocer la admiracion que causaría á todos los monges semejante suceso, tanto mas cuanto que el nacimiento del nuevo hermano ya no era un misterio, y que ademas todos le habian visto llegar adornado con la cruz de una de las órdenes militares mas gloriosas de España. Miraron como un predestinado al hombre que en la flor de su edad de aquel modo tenia en menos la halagüeña fortuna con que el mundo le brindaba, y desde entonces le mostraron una especie de respeto que su austeridad y devocion aumentaban y engrandecian sobre manera. De allí á pocos días acaeció la muerte del venerable Fr. Veremundo Osorio, que pasó á mejor vida consumido de caridad y con toda la paz y el sosiego del justo, y en su lugar y como testimonio de veneracion á su memoria, eligieron por sucesor suyo á Fr. Salvador Tellez Giron.

El nuevo abad trataba con dulzura verdaderamente paternal á todo el mundo: el rigor y la penitencia solo consigo propio los usaba, y su mano no contenta con enjugar las lágrimas que la muerte de su predecesor habia hecho correr en el país, derramaba sin cesar beneficios y consuelos. A pesar de tanta caridad, los monges antes esquivaban su compañía que la solicitaban. A veces encontrábanle paseando en un claustro solitario, y aunque pasasen junto á él ni los sentia ni los saludaba, tan embebido andaba en sus meditaciones. Otras veces los que mas cerca de él estaban en el coro oíanle pronunciar en vez de los versículos sagrados, palabras incoherentes y sin sentido, cuya significacion no comprendian, pero que por el acento con que salian de su boca, sucedia que los dejaban helados de espanto. Habitualmente permanecía encerrado en el oratorio de la cámara abacial, donde se guardaba la imagen de una Dolorosa de que años antes

habian hecho merced al monasterio; y arrodillado delante de ella pasaba las horas. Parecia salida aquella vírgen del pincel afectuoso y puro de Alberto Durero, así por la casta suavidad de la espresion, como por la correccion suma del dibujo y la delicada belleza de las líneas. Habia desaparecido de su rostro toda la flor de lozanía y de juventud con que los pintores han solido adornar á María, no quedaban mas que los misterios del dolor en aquella frente pálida y marchita, y la gracia y la magia primitiva, propia de la madre de Dios, oscurecidas por las nubes del pesar. Salvador, que segun pudimos ver en el asalto del castillo de Alhama, era muy devoto suyo, acudió á demandarle su amparo y á mostrarle las heridas de su pecho: y en verdad que durante algunos días creyó que la reina de los ángeles le miraba con amor, porque encontraba un inesplicable consuelo en contemplar su dulcísimo semblante, manantial para su alma de suaves y desconocidas imaginaciones, que tanto se asemejaban al recuerdo de las dichas pasadas, como á la esperanza de las venideras. Y sin embargo, absorto en la contemplacion de aquella imagen soberana, poniéndola á manera de talisman sobre sus mas enconadas llagas, y amándola con toda la efusion de su alma, sentia su corazon apartado de la paz del justo, y como codicioso y zeloso del amparo de aquella purísima vírgen. Mas de una vez se preguntó con la sangre helada de terror si las memorias de su vida pasada no venian á mezclarse, disimuladas é invisibles en sus religiosas meditaciones; y si en aquel semblante angelico no le representaba la fantasía otro semblante que por largo tiempo se habia aposentado en su alma.—Pero dónde, se replicaba sosegándose, dónde aquella belleza infantil y florida? ¿dónde aquella frente en que la alegría pusiera su asiento? Combates son estos del enemigo comun, añadía ya con calma; velemos y estemos en pie porque anda alrededor de nosotros como leon rugiente buscando victimas que devorar. Resistámosle con pecho fuerte, y andemos con valor nuestra jornada, pues que peregrinos somos en la tierra.—Así lo ponía en verdad por obra; pero sus combates interiores hacian su semblante cada día mas adusto y sombrío, y daban á su voz cierto eco duro y destemplado que alejaba las gentes.

Un año se habia pasado desde que le nombraron abad, y las cosas estaban en el estado que dejamos dicho, cuando una tarde que oraba delante de la Dolorosa de su oratorio, acontació que nuestro conocido el padre Acebedo asomó presuroso por el cancel de la cámara, y se dirigió allá. Abrió la puerta con mucho tiento, y vió al prelado de hinojos en la tarima del altar, tan embebecido que no le sintió.—Sí: razon tenia aquel santo varon, decia en voz baja y desconsolada; los espiritus de la calma no han venido á mí, y donde me fingí el descanso he palpado la incertidumbre y la pelea. ¡Oh vírgen pura! ¿no está limpio todavía mi corazon de las aficiones terrenas, y moriré sin que cierre mis ojos un sueño de paz?—La soledad del lugar, la luz oscura y apagada que entraba por una estrecha y aguda ventana de vidrios de colores, y que apenas dejaba ver el bulto confuso del abad delante de la borrada imagen de la vírgen, y el acento desolado de aquellas breves palabras, amedrentaron al buen portero; así es que volvió atras, hizo ruido y llamó al prelado, temeroso de enojarle si le sorprendia. Salió este con aquel aspecto grave y recogido que tanto imponia á sus monges, y le preguntó:—¿Qué trais, padre portero?—Padre nuestro, respondió este inclinándose, de dos días á esta parte cunde en los alrededores una supersticion estraña: Dícese que una maga, ó bruja, ó no sé que vision, viene por las noches á la fuente de Diana, y tan amedrentados tiene á los paisanos que hasta los mismos criados del monasterio

se escusan de llevar allí sus bueyes.—¿Y no habeis vos procurado desvanecer semejantes mentiras? preguntó el abad con tono severo.—Si, padre nuestro, replicó el portero; pero ¿de qué puede servir mi humilde opinion delante de supersticiones tan añejas?—Bien está, contestó el prelado: id con Dios, que yo atajaré semejantes desvarios.

Por el camino que antiguamente guiaba á las Médulas, y que, segun digimos en la primera parte, es un valle que en el dia llaman *Foy de Barreira*, se encontraba á la mano derecha la linda y graciosa fuente de Diana en una especie de retiro delicioso, que brindaba al pasajero con la sombra de sus árboles y la frescura de sus aguas. Los años y los hombres la habian, empero, destrozado, y solo se conservaba el pedestal de la estatua derecho en medio del pilon aporbillado, y el torso mutilado de la Diosa misma caido por tierra á pocos pasos de distancia, y vestido de musgo y de yervas silvestres. En aquel lugar habian pasado las primeras pláticas de amor entre Salvador y María, y sin embargo acercábase aquel sereno y resuelto á semejantes sitios, porque allí mismo habia ido á desafiar importunos recuerdos, y allí mismo entendió de jarlos vencidos.

Alumbraba la luna desde la mitad de los cielos espléndidos y azules, cuando Salvador llegó á la fuente. Sus argentados rayos pasaban trémulos por entre los sauces que amparaban el manantial sagrado en otro tiempo, y con el leve movimiento de sus hojas fingian un encase aéreo de reluciente plata que al dibujarse en la rizada superficie del pequeño estanque, formaba un extraño mosaico, lleno de formas caprichosas y vagas. Reinaba al rededor silencio profundo, y solo el monotonio murmullo del agua y el canto lejano y riquísimo del ruiseñor turbaban la calma de las soledades. Como nada se divisaba por allí, el monge se sentó sobre la estatua de la Diosa, cuando un rumor semejante al del aura de la noche, sonó á su lado, y vió pasar á la maga que, sin reparar en él, se sentó á la orilla de la fuente y se puso á mover las limpias ondas con su mano. Maga debia de ser en verdad, porque ni su blanco y tendido velo, ni su estatura aven tajada, ni su esbelto y delicado talle, ni su ropaje extraño eran de humana criatura. Levantóse Salvador como sobresaltado, y comenzó á observar los movimientos de aquella fantástica criatura que vuelta de espaldas hacia él pronunciaba al parecer misteriosas palabras, que se perdian entre el ruido de la fuente. Levantóse á poco rato, y encaminándose hacia donde estaba el abad, quedó este helado de un religioso terror, viendo delante de sí la virgen misma de su oratorio. Venia andando lentamente, y cuando ya llegaba cerca pronunció con triste y apagada voz estas palabras del Cantar de los Cantares.—«Sostenedme con flores, cercadme de manzanas, porque desfallezco de amor.»—No era la virgen! Salvador dió un grito de aquellos que hielan la sangre, y cayó sin sentido sobre la estatua de Diana.

Cuando volvió en sí halló á la maga de rodillas junto á él rociándole la cara con agua de la fuente. Levantóse entonces acelerado, quiso huir, y como si la mano del destino le sujetara, permaneció inmóvil mirando con ojos desenchajados aquella blanca y melancólica vision, hasta que al fin exclamó con una voz que partía las entrañas.—María! María! ¿Por qué tu sombra en estas soledades? ¿Qué has venido á pedir á los hijos de los hombres?—¿Quién eres tu, respondió ella con una particular sonrisa: tú, cuya voz me trae á la memoria la imagen de mis pasadas alegrías?... Aquí mismo, continuó yendo y viniendo con desatentados pasos; aquí mismo fui tan alegre y tan dichosa! Pero todo pasó y hoy ando sola por medio de los

bosques y en el silencio de la noche, como la sombra de los muertos, y la corona se ha caido de mi cabeza.—Salvador entónces fuera de sí, se acercó á ella y le asió una mano sin que hiciese el menor ademán, antes le miraba con una infantil y prolija curiosidad.—Esto es verdad! dijo Salvador; mis manos estrechan esta mano! esto no es un antojo de mi loca fantasía. ¿Con qué eres tú, María! la misma María?—No soy la misma, replicó ella con gravedad, porque antes era María la dichosa, la bien querida, y hoy soy María la desdichada y la llorosa. Y sin embargo, añadió con una loca alegría, harto mas dichosa soy que antes, porque aquellas redes de hierro me ahogaban, y ahora respiro el aire de la mañana en las alturas, y veo ponerse el sol, y salir las estrellas, y me siento en la orilla de las fuentes á platicar con los ángeles que bajan entre los rayos de la luna para consolarme. ¿Pero quién eres tú que me has hablado con palabras tan dulces como las del hombre que amé en mis primeros años?—Es que soy yo! yo! Salvador! mírame bien! ¿no me conoces?—¿Quién? tú Salvador! repuso ella palpando su cabeza; ¿dónde estan, pues, tus hermosos cabellos castaños? ¿dónde tu arco y tus flechas? ¿dónde tu arreo de cazador y la gentileza de tu persona?... Y luego añadió como reflexionando: tú no puedes ser, porque Salvador baja tambien algunas veces en los rayos de la luna y trae una ropa resplandeciente, y no ese triste hábito que tu vistes.—Está loca, loca! Dios mio! exclamó Salvador retorciéndose los brazos.—Loca! loca! repuso ella repitiendo maquinalmente sus palabras; bien pudiera ser que lo estuviese, porque he llorado y sufrido tanto que las lágrimas han consumido mi juventud y mi alma.—Dicho esto púsose á caminar al rededor de la fuente cantando en voz baja versículos de Job y de Jeremías. Traia vestido el hábito de las novicias de San Bernardo, y una corona de flores marchitas en la cabeza; estaba flaca, descolorida y macilenta: de tanta lozanía y beldad solo quedaba el óvalo purísimo de su cara y sus rasgados ojos; y la Dolorosa del monasterio pudiera pasar por traslado de aquella marchita hermosura. Salvador estaba allí á un lado sombrío y amenazador.—Segun eso, dijo con amargura, mis meditaciones, vigiliias y plegarias han sido incienso quemado en los altares de la tierra! Segun eso mis armas se han vuelto contra mi, y las piedras del santuario se han alzado para herir mi prosternada cabeza!—María pasaba entónces por delante de él cantando el versículo de Job.—«Hablaré con amargura de mi alma: diré á Dios: «no quieras condenarme:» manifestame por que me juzgas así!»—Tenia razon el santo Osorio, dijo el monge despues de una breve pausa; muerta estaba para mi, pero no para los pesares. Y yo la llamaba perdida en las soledades del Nuevo Mundo cuando ella me llamaba quizá desde el silencio del claustro!... Es verdad, añadió mirándola; las penas han secado el tallo de la flor y el soplo de la muerte se llevará sus hojas amarillentas, como el viento de la noche sus palabras desordenadas y dulcísimas.—La monja pasó de nuevo entonando el verso de Job.—«Por qué me sacaste de la matriz? ojalá hubiese perecido para que yo no me viera. Hubiera sido como si no fuera, desde el vientre trasladado al sepulcro.»—Y en seguida se paró delante del abad y dijo con voz apagada.—«Oh, vosotros todos los que pasais por los caminos, atended y ved si hay dolor semejante á mi dolor!»—Siguióse á estas palabras un profundo silencio en que el eco lejano y distinto de las rocas repitió «semejante á mi dolor!»—¡Oh! sí; murmuró Salvador con voz sorda, dolores hay que no caben en el corazon del hombre, y que solo deberían llegar en las alas del ángel de la muerte.

María se habia vuelto á sentar en el borde de la fuen-

te, y miraba á la luna con distraccion profunda. Recio combatía pasaba en tanto en el alma del monje, y clara muestra daban de él su agitacion incesante y viva y las sombrías ojeadas que lanzaba alrededor.—¿Qué he de hacer, dijo por último en voz alta? ¿La he de abandonar cuando Dios la ha privado de su razon y el mundo de su amparo? María, añadió acercándose á ella; es preciso que dejes este sitio y vengas conmigo.—Miróle ella fijamente y le contestó:—Si iré tal, porque me hablas como quien se apiada de los infelices, y no me encerrarás entre las redes de hierro: ¿no es verdad? Mira; y yo necesito ver los campos, las aguas y la luna, porque en su luz bajan los espíritus blancos que me hablan de mis pasadas alegrías.—Echaron á andar en silencio, y dado que la loca lo interrumpía alguna vez volviendo al cántico de las sagradas poesías, y se paraba á sacudir las gotas de rocío que á manera de líquidos diamantes colgaban de las ramas de los abetos, todavía llegaron á la puerta del monasterio, cuando no bien el alba comenzaba á reír. Paróse sin embargo la infeliz asustada, y dijo con desconsuelo:—¿Sabes que me moriré si me vuelves á las rejas de hierro?

—Sí, respondió el abad con cariño; y por eso te llevo á unos campos llenos de flores y alumbrados por una luna resplandeciente.—Llamó en seguida al portero y abrió este la puerta de par en par: ¿pero cual fue su asombro al ver aquel fantasma de mujer que cruzaba el ámbito de la portería con paso lento y triste ademán? dió un grito de horror, y se arrojó á la pared para no caer.—¿Estais en vos, P. Acebedo? le dijo el abad agarrándole.—¡Ah! sois vos padre nuestro? respondió el asustado portero con indecible alegría; ¿con qué parece que vuesa paternidad la ha convertido al gremio de nuestra santa iglesia?—¿Qué estais ahí hablando de conversion ni de iglesia? replicó el abad, no poco enojado.—Sí, padre nuestro; á la maga ó bruja, ó lo que es que ha pasado por delante de mí...—Necio sois en verdad: ¿no reparais que es hermana nuestra, y que viste nuestro santo hábito? Está loca la infeliz y sin duda se habrá escapado de algun convento.—Tal vez estará endemoniada, y entonces entre los dos con sendos estolazos y conjaros la podremos librar del enemigo malo y...—Adelante pasará en sus remedios, si una colérica mirada de su prelado no le atajase á lo mejor.—Id, le dijo este friamente, y preparad el *Retiro del Abad*, porque allí quiero que descause esta desdichada, que tal vez la soledad y el sitio la curará harto mejor que vuestros consejos.—El pobre portero caminó á prisa para cumplir lo que se le mandaba, no sin murmurar de la sabiduría de los prelados que siempre han de tener razón, por mas que á los súbditos les sobre.

El retiro del Abad era la morada solitaria que habia mandado construir el santo Osorio para pasar en ella los últimos dias de su vida, y consistía en una reducida vivienda y una capilla en que se habian prodigado los primores del arte gótico. Dominaba esta graciosa fábrica la *Hondrada del Naranjo*, y á su voz, aunque mas allá de la cerca de clausura, la enseñoreaban los negruzcos y descarnados peñascos que en el día sirven de limite occidental al Lago de Carucedo. Llegábase al pequeño edificio por un largo y frondoso emparrado, y desde sus miradores se divisaban los frescos y floridos vergeles de la abadía, las verdes colinas de los alrededores, y la masa grave y severa del monasterio; mientras á los pies y en una deliciosa hondura se distinguían grupos de granados y cerezos, cuyos troncos desaparecían entre romeros y retamas que por su parte hacían sombra á un reducido número de colmenas, cuyas abejas sin cesar susurraban entre las flores. El único árbol corpulento que allí crecía era un robusto castaño, en cuyo ramaje anidaban las tórtolas y

palomas torcaces. En suma, era un sitio aquel que así se prestaba á los misterios de la meditacion y del recogimiento, como á la contemplacion de las escenas grandes y elocuentes de la naturaleza.

A este lugar condujo Salvador á María, y se separó de ella, diciéndole.—Todo lo que ves puedes disfrutar y correr cuando quisieres: tambien la luna platea estas soledades, y aquí tienes un altar para pedir á Dios que vengan á tí esos ángeles que te consuelan.—Dicho esto se alejó en compañía del padre Acebedo, que por su parte habia cumplido con los deberes de la caridad trayendo del monasterio leche y frutas para alimento de la loca. Esta se habia quedado contemplando la salida del sol por entre los montes del Oriente sin echar de ver la falta de sus compañeros, que por su parte llegaron á la abadía sin hablar palabra; el abad á causa de la tormenta que trabajaba su alma, y el portero amedrentado de su ceño y ademán sombrío.

Nuestros lectores se servirán volver atrás con nosotros, y recordar el día en que María y su desdichada madre salieron aceleradamente de Carucedo, sin que supiésemos quienes eran, adonde iban, ni que propósitos eran los suyos. Hoy que de todo estamos enterados, gracias al buen genio que acompaña la curiosidad de los historiadores, podemos anunciar que María era hija de un poderoso señor de Asturias, que D. Alonso de Quirós se llamaba, y que de secreto se casó con nuestra Ursula, doncella de buen linaje, pero tan inferior á su esposo en bienes de fortuna y en calidad, que toda su parentela se desabrió con él por demas y comenzaron á denostarle sin recato ni miramiento. Tan adelante llevó las injurias un su deudo lejano, que D. Alonso le provocó á singular combate; pero la fortuna, que tan ceñuda se le mostraba; tampoco de esta vez le favoreció, y quedó muerto en el campo dejando á su mujer y á su hija de pocos meses cercadas de viudez y horfandad espantosas. Temiendo que Ursula reclamase algun día la herencia de su hija, aquel linaje orgulloso la persiguió y vejó en tales términos, que la infeliz abandonada de todos y por donde quiera rodeada de lazos y de asechanzas, se vino á refugiar al valle de Carucedo, atraída de la fama de las virtudes del difunto abad. Ya sabemos el triste fin de aquel descanso que imaginaba sólido y seguro, y que la pobre mujer viendo á su hija expuesta á las persecuciones de un hombre desalmado y poderoso, huyó sin esperar consejo de nadie y en alas de su terror á buscar la proteccion de un caballero digno de este nombre, y que la amparase de sus perseguidores. Pero las tribulaciones habian minado su vida, y la muerte la sorprendió en un pueblo de las montañas de Leon, llamado San Martin del Valle. Con cuanta amargura cerrase los ojos está desdichada, no hay porque encarecerlo, baste decir que dejaba á su hija desamparada y sola en el mundo, y juguete de los malvados. Sin embargo, como á veces la fuente del consuelo brota en el arrenal mismo del dolor, aconteció que la abadesa de un convento de religiosas Bernardas, que habia en aquel pueblo, la asistió con todo el esmero de la caridad cristiana, y la prometió de mirar por su hija, con lo cual murió mas resignada, encargando á esta que buscara en el claustro un puerto contra las tempestades mundanas.

María por su parte, vuelta en sí de tan acervo golpe, declaró el estado de su corazón á la piadosa abadesa, su nueva madre, y esta mujer, compadecida de la pobre huérfana, envió un mensajero al venerable Osorio pidiéndole noticias de Salvador en una carta recatada. Duraba todavía la guerra de Granada, y el buen religioso, postrado por una larga enfermedad, estaba ya abandonado por muerto, cuando llegó el mensajero de la abadesa

de San Martín. Viendo frustrado el objeto de su viaje, procura este al menos, como discreto, indagar el paradero de Salvador, que para todos era un misterio. Sin embargo, como donde quiera hay gente que todo lo sabe, no faltó quien le dijo que los arqueros de D. Alvaro Revuelto le habían preso y asesinado en su fuga, en venganza de la muerte de su señor. Como quier que solo sin nuestros indicios recogiese en sus pesquisas, dió la vuelta á San Martín, y á los pocos días tomó María el velo y profesó, cumplido su noviciado. Este velo santo, empero, no calmó la fiebre de sus dolores, y aquel corazón que no concebía mas que el amor, que solo para amar había nacido, se secó cuando la esperanza se derramó de él como de vasija quebrada. Era por cierto sobrado recio el combate que sin cesar trabajaba á aquella tierna y delicada criatura, así es que su razón se resintió al cabo de poco tiempo, y vino por fin á perderla del todo. Sin embargo, su locura era dulce y apacible, y de continuo hablaba de las alegrías perdidas, de las aguas y de la luna. Veíasele pasear á veces repitiendo versículos de los libros sagrados que aplicaba casi siempre á su situación, y solo se mostraba placentera mirando al astro de la noche y comunicando, según decía, con los ángeles blancos que venían á hablarle de las esperanzas del cielo. Así se pasó mucho tiempo, hasta que un día su demencia pareció tomar otro carácter mas sombrío, y comenzó á l'orar amargamente quejándose de que aquellos montes la ahogaban, y diciendo que iba á morir. Estaba el monasterio de San Martín asentado en un valle angosto, cercado de peñascos y de silvestre aspecto, y como su situación encrudeciese la manía de la loca, la abadesa determinó trasladarla al de San Miguel de las Dueñas en el Vierzo, que todavía se levanta, orillas del río Boeza en la feraz ribera de Bemibre, y en situación deliciosa. Aquel país ameno y pintoresco aquietó por algún tiempo su ansiedad, pero poco tardó en decir que aquellas rejas la sofocaban, hasta que una noche escaló el muro de la huerta, y vagando por los montes, llegó al término de San Mauro, sin otro alimento que raíces y frutas silvestres.

Volvamos ahora á Salvador, que ceñudo, callado y á paso lento entró en la cámara abacial. Encerróse en su aposento, y paseándose desatentado y como loco, y poniéndose la mano sobre el corazón: —¿Con qué es verdad, exclamó, que siempre la he traído fija y clavada aquí como un dardo del infierno? ¿Con qué á ella me encomendaba de hinojos ante los muros de Alhama, por ella lloraba en los bosques de Guanahani, y delante de ella he venido á postrarme en el retiro del claustro? La piedra busca su centro, sin poderlo evitar; los ríos se arrastran al Océano, y el hombre cumple su destino. En vano vela y despedaza su cuerpo, porque la hora llega, y todo se acaba! — En realidad era su suerte en demasía miserable, y no es de extrañar que dudase y se desesperase.

De esta suerte se pasaron algunos días, y los monges de San Mauro se preguntaban unos á otros: —¿Qué tendrá nuestro buen prelado, que los ojos se le hunden, el rostro se le seca y de día en día se consume? ¿Para qué asistirá siempre al coro si acaso está enfermo, ni para qué caminará de esa suerte el primero por la senda de la penitencia? — Enfermo estaba en verdad, y no poco, porque su espíritu era un verdadero campo de batalla, y sus fuerzas desfallecían de tanto pelear. Al contrario la monja se mejoraba y sosegaba de día en día, y muchas veces se le oía cantar con tono menos triste. Visitábala siempre Salvador en compañía de algún religioso, y sus palabras, si bien llenas de dulzura, eran graves y comedidas. Verdad es que mas tarde, y en la soledad de su celda, se revolcaba por el suelo como San Gerónimo en el desierto,

pero sus monges nada adivinaban; tal era su circunspección y reserva.

La fuga de María alarmó, como era natural, á las religiosas de San Miguel, y por todas partes despacharon avisos y mensajeros en busca suya. Uno de ellos, despues de haber corrido todas las montañas de la Guiana, llegó por fin á San Mauro y entregó al abad una carta, dándole ademas cuenta de su mensaje. Púsose aquel páido como la muerte; pero reponiéndose al punto, respondió al mensajero que la religiosa extraviada estaba allí, pero que de tal modo adelantaba en el recobro de su razón, que había resuelto guardarla por unos días mas, despues de lo cual él mismo la acompañaría con dos monges y la dejaría en su casa. Otro tanto dijo por escrito á la abadesa, y con esto despachó al mensajero que sin perder tiempo dió la vuelta á San Miguel. Largo tiempo permaneció el abad sentado en su taburete, revolviendo en su encendida imaginación mil encontrados y locos proyectos, como quien está en vísperas de una de aquellas crisis tremendas que deciden de la vida entera. — ¡Eso no! dijo por fin levantándose como un león herido; apartarla de mí es imposible! He registrado los lugares mas secretos de mi corazón, y en ninguno encuentro fuerza para llevar á cabo tan horrible propósito. — Salió en seguida de la celda, y solo y con acelerados pasos se encaminó al Retiro del Abad. No estaba en él María, pero al punto la divisó sentada al pie de un romero y cerca de una colmena, mirando con atención la actividad de las solícitas abejas. Llegóse á ella y le dijo: — María! mirame bien! ¿no te trae mi voz á la memoria el recuerdo de tus días alegres? — Sí, respondió ella con ingenuidad; ya te lo he dicho otra vez. — Pero, no me conoces, añadió él con ansia! ¿no conoces á tu Salvador? — Midióle la doncella de alto á bajo con sus lánguidos y hermosos ojos, y le replicó: — No; tu no eres Salvador; porque mi amante había nacido para llevar el arco de los cazadores, ó el casco de los guerreros y no el hábito de los monges. — Salvador se quedó por un rato suspenso, y en seguida con la velocidad del rayo tomó el camino de la abadía. En verdad que si hubiera reparado en la escena que á su alrededor se ofrecía, tal vez hubiera reflexionado mas la extraña resolución que acababa de tomar, porque el cielo estaba cubierto de pardas y pesadas nubes, el aire caliente y espeso; los ciervos corrían bramando por las montañas, volaban los pájaros como atontados, y en las entrañas de la tierra oíanse una especie de rugidos sordos y amenazadores. Otra no menor tempestad, empero, rugía en el alma del desdichado, y así sin hacer caso del trastorno que parecía amagar á la naturaleza, llegó á su celda, vistióse por debajo de sus hábitos el traje de cazador que usó en sus primeros años, ocultó asimismo entre sus ropas el arco y flechas y su gorra con plumas, y tomando en las manos su antiguo rabel, enderezó de nuevo sus pasos hacia la Hondonada del Naranco. Poco tardó en oírse entre las retamas el son del instrumento que acompañaba una canción de caza; y María, como si despertase del letargo de su locura, se levantó trémula, palpitante y escuchando con ansiedad, hasta que por fin exclamó: — Salvador Salvador! — Salió este entonces con el gentil arreo de cazador, y la doncella delirante y fuera de sí vino á caer desmayada entre sus brazos. Mucho tardó en volver en sí, hasta que por último repuesta ya, tornó á abrazar á Salvador diciéndole con inefable ternura: — Salvador alma mía! — María! amada de mi corazón! respondía este cuando la gorra de cazador se le desprendió de la frente y descubrió la cabeza rasurada y el cerquillo de un monge. La doncella al verlo desatóse de sus brazos como pudiera de los lazos de una serpiente; miró con zozobra e

torno suyo y vió el hábito de Salvador caído entre los brezos: reparó en seguida en su propio ropage; lanzó una mirada errante y desencajada al convento, y como con aquel sacudimiento repentino recobrase su razón, mil ideas tan claras como espantosas se agolparon en su mente, y exclamó cubriéndose la cara con ambas manos.—¡Oh desgraciado, desgraciado! ¿Cómo has podido abusar así del infortunio de una loca ofrecida á Dios, tu que también has hecho tus votos delante de los altares? ¿Cómo has podido arrojar á tus pies ese hábito que para santificarte tomaste? Vuélveme á mi claustro solitario, y déjame morir con mi inocencia!—Salvador se quedó confuso y como anonadado por un rato, mordiéndose los labios y con los ojos clavados en tierra, hasta que con resolución desesperada le dijo, señalándole sus hábitos caídos:—Si; lo he hollado porque me separaba de tí, y porque todo lo atropellaría para llegar donde tu estas! ¿Sabes que después que te perdí he sido poderoso y afamado, y que la nobleza y la riqueza me parecieron sin tí todo despreciable? ¿Sabes que por huir de tu memoria me acogí como tu á un altar, y que el altar me rechazó, y que el destino con ímpetu irresistible me ha lanzado á tus pies? Pues bien! cúmplase mi estrella! ya nunca me separaré de tí, y al que quisiera dividirnos le arrancaría el corazón con mis manos!—En esto un bramido sordo se oyó allá en el seno de los montes, y la doncella dijo acongojada.—¿No temes que la tierra se abra debajo de tus pies, y que tus palabras te separen de mí por toda la eternidad?—Aumentóse entonces el ruido subterráneo, y el suelo comenzó á temblar bajo sus pies:—¡Oh! añadió la virgen con las manos juntas; vuélveme al santo asilo de donde me arrancó mi locura, que tenemos al cielo irritado y la muerte nos cerca por todas partes!—No; respondió Salvador, ciego de amargura y de despecho; jamás me separaré de tí! y venga la muerte á sorprenderme á tu lado con tal que ruede yo en tus brazos por los abismos sin fin de la eternidad!—No bien acababa de pronunciar estas palabras, cuando estalló el terremoto con la mayor violencia: vino á tierra estrepitosamente el Retiro del Abad: cayóse igualmente la cerca de la clausura, y de los peñascos que enseñoreaban la hondonada, brotó con fragor horrible una catarata semejante á las del diluvio, que se despenó inundando y arrastrándolo todo.—¡Oh, Dios mío, Dios mío! exclamó María cayendo de rodillas, ¡perdon para nosotros!—Tomóla Salvador en sus brazos y abalanzóse á subir el repecho; pero un trozo del edificio que rodando venia, arrastró consigo á los dos desdichados que desaparecieron bajo el remolino de aquella súbita inundación. Los monges asustados del terremoto y del estrépito de la catarata que ya invadía los sotos y la huerta del monasterio, salieron de tropel y subieron al Campo de la Legion, donde de rodillas y con las manos juntas rogaban á Dios. Aquel diluvio subterráneo continuaba en tanto vomitando su enorme columna de agua, y en menos de una hora ya toda la abadía presentaba la superficie turbia y alborotada de un lago tormentoso, por donde de trecho en trecho asomaban las cimas de los árboles mas altos y las torres de la iglesia, como los mástiles de un navío co'osal sorbido por las olas.

Entonces fue cuando un extraño espectáculo atrajo las miradas de todos los monges, y era que un ropage blanco y negro como sus hábitos flotaba sobre las aguas, como el manto del señor cuando caminaba con pie enjuto sobre la mar irritada, mientras un cisne de blancura resplandeciente, alzándose del agua y posándose en la cima de las rocas de donde brotaba la inundación, cantó con una dulzura y tristeza infinitas como si á morir fuese; después de lo cual levantó el vuelo y se perdió en las nubes.

Acordáronse al ver esto del prelado á quien algunos habían visto encaminarse al Retiro del Abad, y de la pobre loca; y sobre ellos y sobre la aparición del hábito y del cisne se formaron extrañas conjeturas que cada uno glossaba y coloreaba á gusto de su imaginación, si bien todos estaban acordes en que un gran pecado debió producir tamaño trastorno. De todas maneras, los monges consternados y privados de su asilo, se retiraron á Carracedo, rico monasterio situado en la ribera del Qüa; y en el país quedó la tradición que acabamos de contar.

CONCLUSION.

Y es lástima en verdad que todo ello no pase de una de aquellas maravillosas consejas que donde quiera sirven de recreo y de alimento á la imaginación del vulgo, ansiosa siempre de cosas milagrosas y extraordinarios sucesos; porque el asunto despojado de la hojarasca teológica de «mi tío D. Anastasio el Cura» que decía el barbero; y salva la flogedad y desaliño del curioso viajero, no deja de ofrecer interés. Por lo demás el Lago de Carracedo tiene el mismo origen que la mayor parte de los otros, y lo único que lo ha producido son las vertientes de las aguas encerradas en un valle sin salida. Por otra parte es mas que probable que ya en tiempo de los romanos existiese, porque las cercanías estan llenas de vestigios de estos valerosos conquistadores, y suyo, y no de otra mano, parece el conducto subterráneo por donde esta hermosa balsa de agua descarga en el Sil parte de sus caudales, y que desemboca por debajo del pueblo que llaman Peña Rubia. Tal es la verdad de las cosas desnuda y fria como casi siempre se muestra.

ENRIQUE GIL.

AL FIRMAMENTO.

Corra la luz por tus eternos mundos
En tu bóveda inmensa disipada!
Su cabeza frenética, humillada
El pliélagó dobló;
Y sus abismos líquidos, profundos
Plegó ante un leño en su estension perdido:
Y cual furioso toro, ya vencido,
Dócil al triste yugo se prestó.

Mas tú al hombre atrevido desafías
Con la bárbara voz del rudo viento;
Y se estremece el mísero al acento.
Del trueno celestial:
Le niegas el abrigo de tus soles,
El ardiente volcan de tus estrellas;
Tan solo alcanza de sus luces bellas
Reflejo errante, rayo sepulcral.

La virgen eres tu del universo,
El hombre en tus senderos no camina;
No profana la bóveda divina
Su bárbaro furor.
De tu seno de fuego se despiden
Mil cometas, mil soles, mil estrellas;
Que van luego á perderse, cual centellas
Bajo el inmenso trono del Creador.

Yo he soñado vivir como el arcángel,
Habitante del puro firmamento;
Dirigiendo cien mundos de mi asiento
De zafiro y rubí.

Yo levanté tu velo de diamante,
Vi los portentos que tu seno encierra;
Y la beldad, las dichas de la tierra
Eran ceniza y lodo junto á tí.

—
¡Hora de paz cuando la tibia luna
Recorre silenciosa el firmamento!
Acalla entonces un dulce pensamiento
Los ecos del pesar:
Silban entre los árboles las auras,
Luz purísima y blanda do quier brilla;
Y entre los brazos de la fresca orilla
Duermen las ondas del tranquilo mar.

La humana mente sus miserias deja,
Para bañarse en tan sublime encanto:
Para admirar el estrellado manto,
Para lanzarme á tí:
Errante vago por tu seno puro,
No vivo ya sobre el odioso suelo,
Y en alas de ilusion dulce consuelo
Desciende como un ángel sobre mí.

SALVADOR BERMUDEZ DE CASTRO.



INTERIOR DE LA BOLSA DE PARÍS.

(Habiéndose hecho la descripción de la bolsa de París en el tomo segundo del Semanario, no se acompaña artículo á este grabado por no repetir aquella.)

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores á la segunda edición del *Semanario*, pueden pasar á las respectivas librerías á recoger la tercera y cuarta entregas reunidas del tomo segundo [1837], con las cuales queda concluido este. En las mismas librerías se halla de venta este tomo segundo, el primero y el cuarto [1836,

1837 y 1839.] Y queda abierta la suscripción para el tercero [1838] único que queda por reimprimir, que se está concluyendo y será entregado de una vez en el mes de setiembre próximo, anticipándole de este modo al ofrecimiento que se hizo al público de concluir la reimpresión en diciembre. También sigue abierta la suscripción al año corriente de 1840 que formará el tomo quinto de la colección.

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.